El quetzal simbólico

Por Enrique D. Tovar y R.

Nos fué imposible, en Guatemala, satisfacer nuestra curiosidad de conocerlo. Anhelábamos por contemplar el Quetzal famoso; el pájaro que, conforme al decreto de Miguel García Granados, refrendado por el Ministro Francisco Alburez, ocupa la parte superior del escudo de armas de la República "como símbolo de la independencia y autonomía de la Nación."

A duras penas lo vimos, pero disecado, en determinado establecimiento de la Sexta Avenida, y sirviendo de "réclame" al jabón "Quetzal". Pero, como sea, pudimos mirar al animalito—inanimados y sin brillo los ojos—acerca del cual dijo Alberto Mencos:

> Cuando en sus redes pérfidas la apresa
> o sus plumas lastima el cazador,
> enferma de tristeza
> y muere de dolor.

Allí estaba expuesto a las miradas de compradores y viandantes, el ave trogónida, sagrada y no poco misteriosa; emblema de la nacionalidad guatemaleuse, y cuyo nombre lleva la unidad monetaria de la República. "Son verdes las alas; el pecho es de rojo matiz purpurino, ya muestra en sus galas negrores de endrino plumaje de cóndor andino, ya el gris de las plumas del ave que anida en las brumas..." conforme a descripción de Iracheta, que pudo contemplar un quetzal en la ribera de un río, posado en alto cedro.

Los naturalistas, por haber sido el mexicano José María Mociño quien científicamente estudió a esta ave muda—muda, pues no canta, y solamente su plumaje vistosísimo hácenos sentir regia sinfonía melodiosa—, denominaron al quetzal *Pharomacrus Mociño,* siguiendo a Pablo de la Llave.

A poco de nuestro regreso de Guatemala, nos vino una noticia, registrada allá en la prensa diaria. Don David Augusto Melgar Bran encontró, aun cuando herido en un ojo, un hermoso quetzal en la comarca de Zacapa y en un montuoso paraje del Río Hondo. Y ya en la ciudad capital, lo había cedido al General Ubico.

¡Malo!, dijimos cuando en los diarios "chapines" leímos la noticia, porque Chocano, al cantar al quetzal, dijo que:

> Nunca en vil cautiverio sus prestigios rebaja;
> y antes goza el orgullo de morir libremente:
> si se quiebra las plumas en su estuche se encaja
> y principia a morirse de la pena que siente. . .

Y nuestro presentimiento se cumplió. Los diarios, ha pocos días recibidos, informan que el quetzal herido fué enviado por el General al parque zooló-

gico de La Aurora para ser mantenido en amplia jaula, y que la avecilla enfermó de una como hipocondría, hasta morir. Y ni siquiera cantando, como el chilalo de Piura, pues poetas y naturalistas han dicho que el quetzal no canta... Es mudo.

Una onda de profunda simpatía hacia el brillante pájaro heráldico recorrió toda la extensión de Guatemala, y en la prensa publicóse su fotografía y dirigiéronsele frases de elegíaco sabor.

El ave, no mayor, en tamaño, que una paloma, y llamada por el célebre viajero Morellet "fénix de los bosques", ha sido cantada una vez más, y se ha recordado que el Rey quiché Tecún tomaba la forma de un quetzal para volar sobre todos sus ejércitos, como lo afirma el autor de la "Isagoge Histórica": que su plumaje fué de la mayor predilección para Moctezuma y los reyezuelos cakchiqueles y quichés, que lo preferían al oro y la pedrería más preciosa... Rememorose, asimismo, que Huemac, cuando vió que desplomábase su trono, dirigió esta como plegaria a Tlaloc: "¡Oh Dios, consérvame mis tesoros, mis esmeraldas y mis plumas de quetzal!"

Contemplando el escudo nacional guatemalteco, adviértese el ave cimera, cuyas alas, según los cabrilleantes símiles de Joaquín Méndez, "son verdes, como los cordones de los bersaglieri; su pecho rojo como la púrpura de un cardenal o la blusa de Garibaldi; sus rectrices, negras como el dolmán de Molke, y las subcaudales, grises como la casaca de Bonaparte"; así como la cola interminable y airosa y gallarda, está formada "por un haz de alfanjes brillantísimos". José Santos Chocano, de luenga y activa residencia en la tierra chapina hacia la era de "Don Manuel", o sea el licenciado Estrada Cabrera, dijo:

...es un símbolo alado
por su gesto de raza, por su instinto de gloria:
él jamás vivió en rejas, ni jamás se ha manchado.
Con nobleza de artista y altivez de guerrero,
¡merecía la suerte de haber sido en la Historia
el penacho famoso de Francisco primero!

El quetzal con el ojo herido llegó a sanar, y redondeó en su jaula, de cerca de cien metros cuadrados, sólo mes y medio. Enfermó de pena—él, que era "el habitante más ilustre" del parque zoológico de La Aurora—, y murió, al igual de aquel otro quetzal, protegido de Tecun Uman, poco antes del duelo habido entre el monarca quiché y don Pedro de Alvarado el conquistador peninsular. Cuánto echaría de menos el animalito multicolor sus bosques umbríos de la Alta Verapaz, de Zacapa y del Petén; su puro cielo, sin nubes, de vez en cuando ensombrecido por los densos penachos de los múltiples volcanes; el aire tonificador y nutrido de ozono, y, en fin, el conjunto de bestezuelas volátiles, que comprende aves amigas y laboriosas, y también terribles adversarios como ese "quebrantahuesos" que, en lucha pugnaz hirió uno de sus ojos, de esos ojos que únicamente columbran atmósfera de libertad y la infinita luz—para otros enceguecedora—del rey de los astros.

Rememorando la efemérides máxima del 15 de Setiembre de 1821, José Azurdia canta al quetzal heráldico, simbólico, misterioso, legendario, y dice:

Pasan los siglos y jamás olvida
que es con su pueblo esclavo en las montañas.
Da aliento entonces a homéricas hazañas
por recobrar la libertad perdida
y hacer surgir América a la vida. . .
Y sin combates, sangre, ni campañas,
tiende el ave su vuelo; y en la altura
del pendón nacional, se yergue y posa;
y con su peto carmesí, con su ala
—símbolo de esperanza y de ventura—
cubre y defiende, noble y majestuosa,
la santa libertad de Guatemala!

Muy sensible es no poder mantener cautivo al quetzal. Sería la mayor gala de los parques zoológicos. ¿Por qué tener esclavo en férreas jaulas al rey de las selvas, de gran melena y rostro de filósofo, y no al ave que encarna la noción de libertad?

La muerte del quetzal cogido vivo en Zacapa, ha venido a confirmar una antigua leyenda. Cuando sucumbió el quetzal de Tecún, los conquistadores dominaron el sector quiché del territorio indígena. Ahora, ¿qué cosas, finalmente, de tono extraordinario, habrán de producirse?...

Ya aventuró alguien una especie: Esta guerra va a concluir. Ya la humanidad apréstase a exclamar con el Profesor Vespaciano V. Pella, de la facultad de ciencias jurídicas de Iassy, en Rumanía: ¡La guerra es un crimen!... ¡Guerra a la guerra!... ¡Viva la Liberad!

Miraflores, Lima, 1944.

A la memoria de don Emigdio Ureña Zúñiga

Por Marcos Chanto M.

Quiero que sea en la *Revista de los Archivos Nacionales*, que con tanto cariño vió y escogió para publicar sus interesantes trabajos monográficos, donde dedique yo algunos apuntes acerca de la fecunda vida del ciudadano don Emigdio Ureña Zúñiga, muerto en la paz del Señor el nueve del corriente mes de marzo, en su suelo natal. Nació don Emigdio en Santa María de Dota, el día 26 de julio del año 1867, hijo de uno de los descubridores y principal fundador de aquel bello y fecundo valle, don José María Ureña Mora y doña Leona Zúñiga Gamboa, y nieto, por parte materna, del fundador de San Marcos, don Ramón Zuñiga Barahona.